

imaginables. Es preciso salir de aquí al punto, yendo con la música á otra parte.

— No me da la gana, dijo Alasco enfadado; estoy ya harto de todo esto; me he visto encerrado de día y de noche en un sitio horrible, en una torre. Quiero gozar de mi libertad, y proseguir mis estudios que me importan mas que las fortunas de cincuenta hombres de estado ó cortesanos, que se elevan con facilidad y con facilidad caen en la atmósfera inconstante de las cortes.

— Como vm. quiera, dijo Varney con una risa sardónica que habia hecho en él familiar una larga costumbre, y que forma la señal distintiva que han dado los pintores á la cara de Satanás: como vm. quiera, puede gozar de su libertad, y continuar sus estudios hasta que las dagas de las gentes de Sussex vayan á encontrar su corazon atravesando su capa.

El viejo perdió el color, y Varney continuó: — ¿Piensa vm. que no ha ofrecido una recompensa al que logre echar el guante al bribon charlatan emponzoñador Demetrio, que ha dado al cocinero de su señoría ciertas especies preciosas? ¿Que! ¿tiembla vm., amigo mio? ¿Vé acaso Halí algun contratiempo en la casa de la vida? Escucha, te enviaremos á una antigua casa de campo de las mias; vivirás en ella con un buen paisano, y le cam-

biarás los ochavos por ducados con el socorro de tu alquimia: eso creo que es todo lo que puede dar de sí tu ciencia.

— Mientes, chocarrero necio é insolente, dijo Alasco colérico; todo el mundo sabe que me he acercado á la perfeccion mas que ningun otro artista de cuantos viven. No hay seis químicos en el mundo que posean una aproximacion tan exacta del grande Arcano. En vano será buscarlos.

— Vamos, vamos, dijo Varney interrumpiendole: ¿que quiere decir esto, por vida de sanes? ¿No nos conocemos uno á otro? te creo tan ducho y consumado en todos los medios de engañar, que despues de haber engañado á todo el mundo, te has chasqueado á tí mismo, y sin cesar de petardear á los demas, te has hecho en algun modo el juguete de tu imaginacion. No tienes que abochornarte por eso, pues no hay para que. Y pues eres erudito, he aquí una citacion clásica que puede consolarte:

Ne quisquam Ajacem possit superare nisi Ajax.

Tú solo podias engañarte á tí mismo, y has atrapado ademas á toda la cofradía de los Rosacruces: nadie ha echado el pié mas adelante en el gran misterio; pero escucha esta friolera. Si la salsa que dísteis á Sussex

hubiera hecho mas efecto, tendria mejor opinion de esa química que ponderas tanto.

— Eres un malvado empedernido, Varney, dijo Alasco: muchos hay que osan cometer semejantes acciones, y no osan hablar de ellas.

— Muchos hay que hablan de ellas, dijo Varney, y no se atreven á cometerlas; pero no te enfades. No quiero yo de ningun modo reñir con un ente como tú; pues si lo hiciese, me veria obligado á comer solo huevos durante un mes, para estar libre de temores. Dime pues á renglon seguido, ¿como has errado el golpe en una ocasion semejante?

— El horóscopo del conde de Sussex anuncia, respondió el astrólogo, que el signo del ascendiente que se halla en combustion....

— Dejate de chácharas, dijo Varney; ¿piensas que soy yo un papanatas como mi amo?

— Perdone vm., dijo el viejo: solo conozco un remedio capaz de haber salvado la vida al conde; y como ninguno de cuantos respiran en Inglaterra conoce este antídoto sino yo, y por otra parte los ingredientes necesarios, y sobre todo el uno de ellos, son tan raros que es casi imposible adquirirlos, debo creer que solo se ha salvado por tener una organizacion de pulmones y otras partes vitales, tal que

no se ha visto igual hasta ahora en ningun otro hombre.

— Se ha hablado de un charlatan que le ha visitado, dijo Varney despues de una corta reflexion. ¿Está vm. bien seguro de que ningun otro posee en Inglaterra ese secreto?

— Habia un hombre, dijo el doctor, que fué criado mio en otro tiempo, y que hubiera podido robarme ese secreto y otros dos ó tres. Vm. puede pensar que no sufre mi política que ningun intruso me usurpe mi oficio. El hombre de quien hablo no tiene ya ganas de ir sonsacando secretos, se lo aseguro á vm.; creo firmemente que ha sido elevado al cielo en las alas de un dragon de fuego.... En paz descanse. Pero en el retiro adonde voy, ¿podré hacer uso de mi laboratorio?

— De todo cuanto tú quieras, dijo Varney; porque un reverendo padre abad, que se vió obligado á tomar soleta, hace veinte años, en tiempo del rey Enrique, tenia un laboratorio completo de química, y se vió forzado á dejarle. Allí podrás fundir, soplar, alumbrar y multiplicar, hasta que el dragon verde se convierta en ganso de oro, ó como quiera esplicarse la docta cofradía.

— Tiene vm. razon, señor Varney, dijo el alquimista mordiendo los labios, tiene vm.

razon en el desprecio mismo que hace vm. de cuanto es justo y razonable ; pues lo que vm. dice por burlarse podrá suceder ántes que volvamos á encontrarnos. Si los sabios mas venerables de los pasados tiempos han dicho la verdad ; si los mas sabios de nuestros dias la han recibido como debían ; si he sido yo acogido en todas partes, en Alemania, en Polonia, en Italia, y en el fondo de la Tartaria, como un hombre á quien la naturaleza ha descubierto sus misterios mas impenetrables ; si he adquirido los signos los mas secretos de toda la cabala judía, en un grado de perfeccion que la barba mas venerable de la sinagoga barreria las escaleras del templo para que fuesen dignas de mis piés ; si no hay mas que un paso que separe mis largos y profundos estudios de aquella masa de luz que me descubrirá la naturaleza al lado de la cuna de sus producciones las mas ricas y las mas gloriosas ; si solo un paso separa mi dependencia y el poder supremo, mi pobreza y un tesoro tan inmenso, que sin este noble secreto seria preciso, para igualarle, reunir las minas del antiguo y del nuevo mundo.... dígame vm., amigo mio, ¿no tengo razon en consagrar lo que me resta de vida á este estudio, estando convencido de que, en un corto espacio de tiempo, me elevaré

sobre la dependencia de los privados y de sus criaturas, de las que soy ahora humilde esclavo ?

— ¡ Bravo ! ¡ bravo ! hombre científico, dijo Varney con la espresion ordinaria de su causticidad y de su risa sardónica ; pero toda esa aproximacion de la piedra filosofal no sacará un cuarto de la bolsa de milord Leicester, y mucho menos de la de Ricardo Varney. Necesitamos servicios terrestres y visibles ; poco nos importa saber si engañas á los demas con tu charlatanismo filosófico.

— Varney, hijo mio, dijo el alquimista, la incredulidad que te rodea ha oscurecido, como una espesa nube, tu vista perspicaz, y te ha hecho incapaz de percibir lo que es una piedra de escándalo para el sabio, y que sin embargo á los ojos del que busca humildemente la instruccion, presenta una leccion clara, cierta, evidente. ¿ Crees tú que no tiene el arte medios de completar las cocciones imperfectas de la naturaleza en la formacion de los metales preciosos, del mismo modo que con los socorros del arte acabamos esas otras operaciones de incubacion, de cristalizacion, de fermentacion, y todos los medios con los cuales se estrae la vida misma de un huevo inanimado ; por los cuales se saca de las heces faugosas una bebida pura

y saludable ; con los cuales damos movimiento á la sustancia inerte de un líquido estancado ?

— He oido ya hablar de todo eso , dijo Varney , y estoy al abrigo de todos esos bellos discursos desde que dí veinte monedas de oro (¡ cáscaras , y que tonto era yo entónces !) para adelantar el gran *magisterium* que , gracias á Dios , se fué en humo . Desde aquel momento en que pagué el derecho de ser libre en mi opinion , ni la química , ni la astrología , ni las demas ciencias ocultas son capaces , con todo el poder del infierno , de sacar un ochavo roñoso de mi bolsillo . En cuanto al maná de San Nicolas , no digo nada , es para mí cosa necesaria . Lo primero que vas á hacer es prepararme una cierta cantidad , cuando hayas llegado á mi casa de campo en donde vas á encerrarte , y podrás hacer despues todo el oro que te diere la gana .

— No quiero volver á hacer esa pocion , dijo el alquimista con resolucion .

— Pues te ahorcarémos , dijo Varney , por la que has hecho ya , y de ese modo el gran secreto será cosa perdida para el universo . No hagas á la humanidad un daño tan irreparable , hermanuco : escucha , sometete á la suerte , compon una onza ó dos de esa droga , que solo puede perjudicar á una ó dos personas , á fin de prolongar tu vida lo que sea nece-

sario para descubrir el remedio universal que nos librará al momento de todas las eufermedades . Pero no te enfades , ¡ ó tú el mas grave , el mas sabio y el mas solícito de cuantos locos hay en el mundo ! ¿ No me has dicho que una pequeña dosis de este maná no puede causar sino efectos agradables y nada peligrosos en el cuerpo humano ; que produce solamente un abatimiento general , nauseas , y una repugnancia muy grande á moverse ; en fin una disposicion parecida á la que impediria á un pájaro volar , aunque le dejasen la jaula abierta ?

— Lo he dicho , y es la verdad , respondió el alquimista : tal es el efecto que produce , y el pájaro que la tome en esa proporcion permanecerá todo un verano empollado y lánguido , sin pensar en el cielo azulado ni en el verde bosque tan agradable , por mas que al salir el sol pinte el cielo con sus rayos , y resuenen los bosques con el concierto alegre de todos sus emplumados habitantes .

— ¿ Y sin que se arriesgue su vida ? dijo Varney .

— Sí , con tal que no sea escesiva la dosis , y que alguno que conoce la naturaleza de este maná observe los síntomas y administre el antidoto en caso necesario .

— Tú mismo lo arreglarás todo , dijo Var-

ney, y recibirás una magnífica recompensa, si tomas todas las medidas necesarias para que nada tenga ella que temer por su salud; de otra suerte no te escaparías del mas terrible castigo.

— ¡Que nada tenga ella que temer! repitió Alasco: ¡segun eso, tengo que mostrar con una muger mi habilidad!

— No, loco, replicó Varney; ¡no te he dicho que es un pájaro, una avecilla capaz de enternecer al halcon que se lanzase sobre ella? Te se alegran los ojos, y sé muy bien que tu barba no sería tan blanca sin el auxilio del arte. He ahí por lo menos una cosa que has podido cambiar en plata; pero escucha, no la guardamos para tí. La tal avecilla enjaulada pertenece á un sugeto que no sufriria ningun rival, y mucho menos de tu estampa y catadura. Debes cuidar de su vida sobre todo. De un dia á otro podrá recibir la orden de ir á las fiestas de Kenilworth, y es muy conveniente, muy importante, muy necesario que no ponga allí los piés. Es preciso que ignore todas estas órdenes y sus causas; y debe creerse que sus propios deseos la impedirian escuchar cuantas razones pudieran darsele para que se quedase en Cumnor.

— Eso es natural, dijo el alquimista con una estraña sonrisa.

— Es verdad, respondió Varney; tú conoces las mugeres, aunque quizá hace mucho tiempo que no te rozas con ellas. En efecto, no conviene contrariarla, y sin embargo no es posible permitirle que haga lo que le diere la gana. Enterate bien de lo que te digo: una ligera indisposicion, la que baste para que no tenga ganas de fiestas, y para que los miembros de la sabia cofradía (que podrán ser llamados para visitarla) la obliguen á que no salga de casa por espacio de algunos dias. Este es el servicio que te se pide, servicio que será estimado, y por consiguiente grandemente recompensado.

— ¿No se trata de desmoronar el edificio de la vida? dijo el químico.

— Nada menos que eso: al contrario, te costaria el pellejo, replicó Varney.

— ¡Y tendré, dijo Alasco, proporcion de hacer lo necesario, y ademas, si se viniese á descubrir, la facilidad de huir ó de ocultarme?

— Todo lo que quieras, incrédulo de los demonios, escepto para las imposibles de la alquimia. ¡Como, viejo hechicero! ¿qué concepto tienes formado de mí?

El astrólogo se levantó, y cogiendo una luz se dirigió al otro lado del cuarto, en que habia una puerta que conducia á la alcoba en donde debia pasar la noche. Al acer-

carse á la puerta, se detuvo y repitió muy despacio, ántes de responder á ella, la pregunta que le habia hecho Varney:

— ¿Que concepto tengo formado de tí? A fé mia, Varney, creo que eres mucho mas pícaro que yo. Pero me tienes preso y amarrado, y es preciso que te sirva hasta que se haya cumplido el plazo.

— Muy bien, dijo Varney impaciente; levántate al amanecer. Quizá no necesitarémos de tu remedio. No hagas nada hasta mi llegada á Cumnor, Lambourne te conducirá á tu destino.

Apénas hubo notado Varney que el químico, despues de haber cerrado la puerta, la habia asegurado por dentro, como hombre prudente, con cerrojos, se acercó, la cerró por fuera con las mismas precauciones, y quitó la llave diciendo:

— ¡Mas pícaro que tú, charlatan maldito, brujo, emponzoñador! ¡tú, que de buena gana hubieras hecho pacto con el diablo, si él hubiese querido criado semejante! Yo soy hombre frágil, y procuro por los medios humanos satisfacer mis gustos y pasiones, y mi ambicion. Pero tú eres un vasallo del infierno mismo. ¡Holá, Lambourne! dijo asomandose á otra puerta. — Miguel se presentó achispado y soñoliento.

— ¡Estás borracho, bribon! le dijo Varney.

— Un poco alegre, noble señor, respondió Miguel sin intimidarse: hemos brindado en forma á la fortuna de este feliz dia, al noble lord Leicester, y á su primer caballerizo. ¡Cuerpo de Cristo! el que rehusase una docena de brindis en semejante ocasion seria un traidor, un pendejo, y mereceria treinta puñaladas.

— Escuchame, bribon, dijo Varney, serenate al momento; yo te lo mando. Yo sé que puedes, cuando te da la gana, echar á un lado tus borracheras, como quien arroja una gorra: vamos, pronto.

Lambourne bajó la cabeza, salió del cuarto, y volvió á entrar poco despues sereno el rostro, compuesto el cabello y acabado de vestir, tan diferente al fin del que era poco ántes, como si hubiera cambiado completamente.

— ¿Estás ahora en tu juicio cabal? dijo Varney con seriedad.

Lambourne le aseguró que sí.

— Es preciso que salgas al punto para la abadía de Cumnor con el respetable doctor que duerme ahí en ese cuarto pequeño. He aquí la llave para despertarle, cuando sea tiempo de hacerlo y partir. Que te siga otro compañero seguro. Trataréis al doctor con todo respeto, sin perderle de vista. Si quisiese

escaparse, pegale un tiro, y aquí estoy yo. Te daré carta para Foster. Será preciso alojarse al doctor en el piso bajo, del lado del este, y podrá servirse del laboratorio antiguo y de lo que contiene. No se le permitirá tener con la dama del castillo mas comunicacion que la que autorizaré y prevendré yo mismo, á no ser que quiera divertirse con sus tonterías filosóficas. Aguardarás en Cumnor mis órdenes ulteriores; ¡y cuidado con ella! ¡cuidado con las tabernas y los frascos de aguardiente! Nada de cuanto se pasa en el castillo debe transpirar afuera, ni aun el aire que allí se respira.

— Basta, monseñor, quiero decir mi ilustre amo, y pronto, segun espero, mi ilustre caballero y amo. Me ha dado vm. sus instrucciones y mi libertad; ejecutaré puntualmente las unas, y no abusaré de la otra. Partirémos al rayar el dia.

— Cumple con tu deber, para merecer mis elogios. Aguarda; ántes de irte, echame de beber. Y como Lambourne se dispusiese á darle el vino que habia dejado Alasco, No, dijo Varney, ve á buscar otro.

Obedeció Lambourne, y Varney, despues de haberse mojado bien la boca, bebió un vaso lleno, y dijo al retirarse á su cuarto:

— ¡Cosa rara! nadie menos iluso que yo,

y sin embargo no puedo hablar un minuto con el tal Alasco sin que mi boca y mis pulmones se resientan de los vapores del arsénico calcinado..... ¡Bah!!!

Al decir esto salió del cuarto, y Lambourne quedó para probar el vino que habia traído. — Es de *San Johnsberg*, dijo contemplando el que habia echado en el vaso para saborearse con el olor, tiene el verdadero perfume de violeta; pero es preciso privarme hoy de él, para poder beber otro dia á mis anchuras. Bebió un gran vaso de agua para apagar el calor del vino del Rin, y se retiró poco á poco ácia la puerta, hizo una pausa, y no pudiendo resistir á la tentacion, volvió de pronto, empinó el frasco, y se echó al colete un buen trago sin necesidad de vaso.

— Si no tuviese yo este maldito vicio, dijo, podria subir tan alto como el mismo Varney; pero ¿quien puede subir cuando el cuarto en que uno se halla da vueltas como un trompo? Quisiera que la distancia que hay entre mi mano y mi boca fuera mayor, y el camino mas penoso; pero mañana no beberé mas que agua, ¡sí, agua pura!